

la sublimación de lo mínimo y que se elevó sobre las mediocridades comunes. Al igual que Azorín, López Velarde nos advierte el valor inaudito de lo habitual (6) y nos hace admirar inmensamente las bellas exquisiteces que hay en las cosas vulgares (7). Ve y trabaja la provincia como cantera de material artístico y nos escribe, principalmente en sus prosas poemáticas, sobre la plaza de armas, las alamedas, ventanas, balcones; en fin, sobre el ambiente sosegado, lento, de la provincia, con sus costumbres y tradiciones. La contempla como símbolo de paz y equilibrio, de tranquilidad de espíritu, de sencillez en sus mujeres. Lo provinciano, al igual que la patria, lejos de ser superficial en López Velarde, marca una etapa en su obra y representa un interés profundo de su personalidad.

Dentro de la estética velardeana, el tema femenino ocupa una posición literaria preponderante, fuertemente relacionado con su vida íntima amorosa. Según sus biógrafos y amigos, y por propia confesión, se trataba de una persona sensual y erótica (8). Cantó con exactitud todo lo que es cantable en la figura femenina, sin rodeos de clase alguna, de la cabeza a los pies; y recorrió con afán la estructura femenina, poniendo en cada punto anatómico toda la poesía de que era capaz (9). Que quizá insistió con demasiada frecuencia sobre la mujer —ideal o terrenal—, es cierto; pero también lo es que alrededor de ella construyó lo mejor de su poesía y prosa y nos legó bellas creaciones literarias. En una ocasión declaró: «Yo sé que aquí han de sonreír cuantos me han censurado no tener otro tema que el femenino. Pero es que nada puedo entender ni sentir sino a través de la mujer» (*Lo soez*, 275). Y en otra aseguró que entre los múltiples temas o tópicos sólo el de la mujer no envejece y que la mujer se consolida en la poesía, para terminar con esta confesión: «Del revuelo de sus cabellos y de sus faldas está pendiente nuestro destino» (*El predominio del silabario*, 421).

Y dentro del tema general del amor y la mujer, el subtema de la fecundidad versus la esterilidad ocupa un lugar importante en su pensamiento. Con harta frecuencia se presenta, sobre todo en su prosa, la lucha obsesionante entre el deseo amoroso y sus preocupaciones con el matrimonio y la perpetuación de la especie. Tenía el criterio

---

(6) Daniel Kuri Breña: «Los temas de Ramón López Velarde», revista de la semana de *El Universal*, 6 de julio de 1952, p. 17.

(7) Alfonso Cravioto: «Los funerales del poeta Ramón López Velarde», *Boletín de la Universidad Nacional de México*, 2, núm. 5 (julio de 1921), p. 271.

(8) Puede consultarse a Elena Molina Ortega: *Ramón López Velarde. Estudio biográfico* (México, Imprenta Universitaria, 1952), para todo lo relativo a los amores que quedaron vertidos en su poesía y en su prosa.

(9) Rutilio Riestra: «La mujer en la poesía de Ramón López Velarde», *Estilo*, núm. 43 (julio-septiembre de 1957), pp. 186 y 187.

de que no había derecho a crear hijos para que sufriesen. En una ocasión una gitana le leyó la buenaventura y le aseguró que amaba mucho a las mujeres, pero al propio tiempo tenía miedo de ser padre, pronosticándole que moriría joven (esta predicción se cumplió porque el autor murió a los treinta y tres años, en pleno apogeo de su mérito literario). Esa lucha interna entre su amor a la mujer fértil y su deseo o aspiración de esterilidad se revela claramente de estas palabras suyas: «Mi vida es una sorda batalla entre el criterio pesimista y las unidades del ejército femenino. Una batalla sorda y sin tregua entre las conclusiones de esterilidad y la gracia de Eva» (*Clara Nevares*, 368).

Pero López Velarde no podía olvidar su sólida formación católica —había sido seminarista en su juventud—; y de ahí que, frente a su sensualidad, aparezca en su obra la duda, ese gran conflicto suyo de oscilación e indecisión entre los dos polos opuestos del bien y del mal. Lo que más impresiona —y en esto radica gran parte del valor de su poesía— es su peculiar y original manera de objetivar las condiciones opuestas de su vehemente temperamento: ávido del bien, pero seducido por el mal. Escribe en una oportunidad: «Vamos sin rumbo, solicitados por imanes opuestos, y si una gota de cera nos da el éxtasis, la otra nos quema con lumbre sensual». Poco después precisa las condiciones de su alma: «... las funciones de la bestia se confunden con los más altos ejercicios espirituales, pues no acertamos a conciliar los unos con los otros» (*Dolor de inquietud*, 363). Aquí nos da la clave, «conciliar», porque fue precisamente su problema la incapacidad de conciliación, la vacilación entre las dos rutas. Sin embargo, estas dos posiciones, por antagónicas que parezcan, conviven juntas en su espíritu y en su obra, una al lado de la otra.

Desde muy temprano comprendió su doble personalidad; que su vida realmente eran dos vidas. Se dio perfecta cuenta de que en su mundo interior había una lucha perenne, un conflicto evidente, en el que se abrazaban dos vidas enemigas, y con ellas dos aspiraciones extremas. Pero en vez de tratar de suprimir una de estas contradicciones de su personalidad íntima, se las arregla para hacerlas convivir dentro de su ser, alentando el conflicto que se nutre de sí mismo, en un incesante diálogo (10). Unos pocos ejemplos bastan para apreciar la convivencia de las dos posturas: «Las potencias del alma y los sentidos corporales se baten y se neutralizan... Prosigamos en la triste grandeza de la alternativa que nos roe las entrañas» (*Malos réprobos y peores bienaventurados*, 427 y 428). Y en este otro pasaje:

---

(10) Xavier Villaurrutia: «Prólogo» en Ramón López Velarde, *El león y la virgen* (México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1942), pp. xlii-xv.

Invítanme y me pregunto si ha venido el instante de consagrarme a las atrofias cristianas. Quisiera decidirme en esta misma fecha y en este mismo lugar; pero temo a mi vigor, pues las líneas del mundo todavía me persuaden y aún me embargan las bienhechoras sinfonías corporales. ¿Qué hacer?... Ninguna respuesta pediré a mi dicha papista, a mi fe romana. Me gusta sentirme la última oveja en la penumbra de un Gólgota que ensalman las señoritas de voz de arcángel. (*Viernes Santo*, 238.)

Podemos ahora aventurar nuestra caracterización: López Velarde es un indeciso espiritual, y su estado amoroso, fusionado con la religión y la muerte, es la manifestación erótico-sentimental de un alma compleja y angustiada y de una personalidad sensual discutible. Es una combinación peculiar de misticismo y paganismo; es piadoso y sensual. No quería dejar de ser religioso ni perder la fe porque por ese camino le llamaba su sólida formación o base, pero al propio tiempo le atraían el mundo y la carne. Es un católico que peca, cosa ésta muy natural; pero la originalidad literaria se halla en la exteriorización artística de la lucha.

No puede completarse el estudio de su estética sin antes dar una consideración especial a las técnicas impresionistas que se advierten en su obra. Para López Velarde, el poeta «jamás quedará dispensado de su primera y última obligación: provocar sensaciones» (*Verhaeren*, 485). En la técnica impresionista de la representación de impresiones sensoriales el autor trata de trasladarnos su primera impresión —a menudo en forma de una imagen espontánea— tal como él la capta, sin que intervenga mucho la reflexión, la razón o la ineligencia. Las imágenes descriptivas de López Velarde son notables, especialmente aquellas que se contraen a impresiones o sensaciones visuales de luz y color, resultantes de su emotividad. Cuando quiere representar la impresión visual que le produce el contraste entre la claridad solar de un día de Jueves Santo y el negro de los vestidos de luto de las feligresas procede así:

Porque la ciudad era espléndidamente solar y porque las señoritas de rango que poblaban sus calles vestían de tiniebla ritual, aquellos Jueves Santos sugeríanme una espaciosa moneda de plata manchada de tinta. (*Semana Mayor*, 255 y 256.)

La sensación del claroscuro aparece coloreada en la imagen final. Y más adelante, por el mismo sendero de su impresión primaria, usa de la metáfora para sustituir las señoritas vestidas de negro por gotas de tinta: «Los Viernes Santos, en torno de la Cruz viuda..., apretábanse, compungidas, las gotas de tinta...»

También dedica alguna atención a las sensaciones táctiles. Cuando se pone a elaborar una impresión de esta naturaleza, saca buen partido de sensaciones imaginadas, como esta del asalto de la muerte al corazón:

Llegándose [la muerte] a tu lecho apoyará sus puños glaciales y sarmentosos sobre tu corazón, hasta asfixiarte. Darás un grito, la noble entraña se agitará por última vez como bestezuela oprimida y sobre el lecho habrá un cadáver. (*Hacia la luz...*, 332.)

Describe algunas experiencias olfativas con marcada intención expresiva. En toda su obra se destaca su preocupación obsesiva por la descomposición del cuerpo humano. Esta preocupación se halla latente en el modo de oler el lecho de una agonizante: «Despertarás una mañana gris, creyendo oler en tu lecho un baho de tumba, un hálito rancio» (*Hacia la luz...*, 351). Sobre el tratamiento de este asunto expresa textualmente uno de sus críticos, Arturo Rivas Sainz, que «aquí sí que el olfato se torna bodeleriano, pues ya no es fragancia de jardines ni aroma frutal, sino miasma de carne podrida, pestilencia de tumba, corrupción, hedor, putrefacción» (11). También vemos cómo se configura plenamente una sinestesia olfativa-auditiva, al decirse que «el silencio se materializa para que lo gocemos por el olfato» (*Oración fúnebre*, 262).

Aunque el animismo, la personificación y la materialización no son recursos exclusivos del impresionismo, son muy comunes entre los escritores impresionistas que quieren dar una sensación vitalista de la vida. En la crónica «Su entierro» (322), por cierto muy al caso por su tema para hacer derroche de técnicas animistas, López Velarde nos ofrece dos ejemplos dentro de un mismo párrafo: «En las ramazones desnudas se prendían los chales de la neblina, como sudarios...; los toques de la esquila parroquial se desmayaban como lamentos de otras vidas...» En las dos imágenes de los chales de la neblina «prendiéndose» y de los toques de la campana «desmayándose» se da la interpretación vitalista impresionista, que hace, en estos casos, que fenómenos atmosféricos y efectos sonoros ejecuten actos de seres animados.

Entre los rasgos fisonómicos del estilo de los impresionistas ha sido muy destacada la importancia de la oración nominal. En estas construcciones el elemento verbal se suprime a favor del nominal, produciendo un efecto más vivo que las oraciones verbales perfectamente articuladas. La supresión del verbo ocurre a veces, como en el

---

(11) «La grupa de Zoraida», *El hijo pródigo*, 12, núm. 39 (junio 1964), p. 164.